



MANUEL BELGRANO

1770 - 1970

"El 4 de junio de 1770, fue bautizado en la Iglesia Catedral de Buenos Aires, un niño, a quien se le impuso por nombre Manuel Joaquín del Corazón de Jesús. El ilustrado canónigo de Santa Fe, doctor Juan Baltasar Maciel, fue quien puso el sagrado óleo sobre la frente de ese niño e imploró sobre él las bendiciones del cielo. Lejos estaba de sospechar aquel prelado que esa débil criatura, que entonces admitía él en el seno de la Iglesia, habría de ser, con el transcurso de los años, uno de los fundadores de la nación argentina y uno de los más hermosos dechados de caballeros cristianos y hasta piadosos".

Con alguna complacencia hemos transcrito las palabras que preceden, ya que las escribimos y las publicamos, hace ahora medio siglo, al ocurrir en 1920 el aniversario del deceso del General Belgrano. Medio siglo de investigaciones nos autoriza a ratificarlas, ya que plenamente responden ellas a una innegable realidad.

De entre los hombres de Mayo, sólo cabe decir de Belgrano que era un varón "santo", y todos sus contemporáneos aplicaban, aunque con otras palabras, aquella aseveración de un noble filósofo moderno: "A la verdad y a la virtud, Dios les ha dado un lenguaje propio, que sojuzga con su fuerza al vicio y al error; cuando el hombre tiene el valor de sus convicciones y deberes y osa decir con serenidad: 'Esta es mi convicción;

por
**GUILLERMO
FURLONG, S. J.**

éste es mi deber", no solicita tolerancia, la impone; todos los ojos se fijan en él, con tanto más asombro cuanto era más duro el momento de prueba; quizás las palabras continuarán desfavorables, pero no lo dudemos: en su corazón tributan al varón recto y sincero un homenaje de admiración. Es lo que pasó con los santos.

En el caso de Belgrano no rodó su cabeza como la de santo Tomás Moore (Moro), bajo el hacha del verdugo, pero en servicio de la más noble de las causas, iluminada ella, gracias a sus virtudes y por la religión y la piedad, obió su vida, su honor, su bienestar en aras de un ideal sublime.

Lo que ignorábamos en 1920 es que, al ser elegido para conducir los ejércitos argentinos de la primera hora, nada tenía Belgrano de soldado, ni la milicia le atraía en forma alguna. Era el hombre de gabinete, era el estudioso que se empeña en estar al día en materias económicas y sociales. Humanista de muy buena ley, era teólogo y filósofo, era escriturista y canonista, era sociólogo y economista; nada le era indiferente, si con ello le era dado ilustrar a sus conciudadanos y mejorar la suerte de las gentes, en estas regiones americanas. Como se ve, al través de las páginas de su *Correo de Comercio*, el "bien público", la felicidad pública, era su preocupación primaria, por no decir única.

No era soldado, pero era un espíritu or-

denado y disciplinado, y fue sin duda esa realidad la que hizo que la Junta pensara en él para conductor de las fuerzas militares de la Patria. Es que los términos "espíritu guerrero" y "espíritu militar", en manera alguna son sinónimos. Casi diríamos que son opuestos entre sí. El guerrero es espontáneo, el militar es reflexivo; el uno está en el hombre, el otro está en la sociedad; el uno es un esfuerzo contra la organización, el otro es un esfuerzo a favor de la organización.

Belgrano tenía este segundo esfuerzo y porque podía ser un cabal representante de la Junta de Mayo, ésta requirió que fuera soldado. Le faltaba la ciencia y le faltaba la experiencia, pero tenía la capacidad de adquirir, en breve, la una y la otra, y tenía la generosidad de darse sin retaceos alguno, no obstante su quebrantada salud, a lo que era su ideal: el bien común. Inmolarse en aras de un gran ideal, como en efecto se inmoló, fue para Belgrano la gran satisfacción de su vida y el gran ejemplo para la posteridad. Bien pudo decir el historiador Larrouy que Belgrano no se contentó con dar a la Patria su vida; "le dio muchas más, ya que para los corazones nobles y en las altas situaciones que él ocupó, hay desde luego algo más precioso que la vida, el instinto del honor, el deseo muy legítimo de dejar tras sí un nombre glorioso o, por lo menos, honorable, y, aún más adentro, en el repliegue más recóndito de nuestro ser, está el amor propio, siempre dispuesto a la última protesta: desconocido, pase; humillado, jamás. ¿Pero en Belgrano todo lo ahogó el amor patrio? No aparece en toda su actuación una empresa, una expresión, una actitud que no diga, a las claras, que el servir a la patria fue su único objetivo. Si se encuentra con la gloria que no buscó, la atribuye toda entera a Dios Nuestro Señor, a la Virgen de la Merced, a sus bravos soldados; pero suyos son los fracasos, suyos sus yerros".

Refiriéndose al Congreso de Tucumán, dijo Sarmiento que el fundamento de la grandeza de los hombres de 1816 estuvo en que fueron humildes, y en ellos, una vez más, se realizó el dicho de Cristo: "Dios resiste a los soberbios y da sus gracias a los humildes". Por eso bendijo tan, a manos llenas, a esos hombres que "salvaron" la revolución. Es posible que más de uno de mis lectores no entienda lo que acabamos de decir, ya que la humildad es hoy día una cosa tan olvidada, tan fuera de comercio, que muchos se figuran que debe de ser algún vicio de los viejos tiempos.

Sin embargo, fue el "substratum" de la extraordinaria grandeza del Congreso de Tucumán y había sido la amplia base de la igualmente gloriosa de Belgrano.

El "Kempis", que era uno de sus libros de cabecera, le había dicho: "Ponte siempre en lo más bajo y se te dará lo más alto; porque no está lo más alto sin lo más bajo. Los llenos de verdad y de gloria celestial no son codiciosos de gloria vana. Los que están fundados y confirmados en Dios, en manera alguna pueden ser soberbios. Sé agradecido en lo poco y serás digno de recibir cosas mayores. No te avergüences de servir a otro, por amor de Cristo, y parecer pobre en este siglo. No confíes en ti mismo, sino pon tu esperanza en Dios. Haz lo que puedas y Dios favorecerá tu buena voluntad...".

Era tradicional la modestia de Belgrano, esto es, su humildad. Era sin duda el hombre más erudito y tal vez el más sabio, de entre sus coetáneos, y, sin embargo, era su "modestia" la virtud que le distinguía entre y ante sus pares, así en la Junta, como fuera de ella, y toda su correspondencia, tan poco conocida, nos dice de esa modestia, que tanto contrasta con el orgullo y la altanería de ciertas gentes, que se desvivían, y se desviven, por parecer lo que no son, y como el orgullo es incompatible con el orgullo, de ahí nacieron, y hoy nacen todas las patéticas miserabilidades, que vemos en tantas reparticiones nacionales y provinciales, y hasta en no pocas privadas donde suele medrar menos el orgullo.

"No tenía un sentimiento, escribió el Dr. Manuel A. Castro, que no fuese grande y decoroso. Temo publicar, añade, las alabanzas que él siempre resistió, y ofender después de su muerte una virtud que él tanto amaba, mientras vivió; pero es justo elogiarlo en un tiempo en que ni yo puedo ser sospechoso de adulación, ni él susceptible de vanidad". Estas frases del doctor Castro son tan verídicas, que valiéndose uno de la correspondencia y de otros escritos del General Belgrano pudiera probar que Belgrano fue una "nulidad", así en los trascendentales días de Mayo, como en las célebres batallas de Salta y Tucumán. Todo lo bueno, todo lo útil, todo aquello que, en alguna manera, fue benéfico al país no se le debe a él, pues nada hizo, sino a la Providencia de Dios y a la heroicidad de sus subordinados. Los desastres del Paraguay y las derrotas del Alto Perú son las únicas obras que Belgrano atribuye a sí mismo, a su cortedad, a su inexperiencia y a su poco tino.

El Coronel Blas Pico nos dice que llevó una vida practicando siempre "la humildad, por la que siempre atribuyó y persuadió que todos sus triunfos y los progresos de sus armas en nada le eran debidas a él, sino a la protección del Señor Dios de los ejércitos por intercesión de Nuestra Señora de Mercedes".

"La sombra de Junta que traigo conmigo hace prodigios", escribe desde Santa Fe, en

8 de octubre de 1810, y agrega: "la Junta será la vencedora, no yo; su nombre sólo, con el aspecto de nuestros bravos atrae a los afectos [a la causa] y aterra a los malvados". "Agradezco a Vd. infinito que me hable con franqueza y le suplico continúe con ella en todo, pues mi deseo es el acierto". Esto escribe a Moreno, y agrega: "Descuide Vd. que la recomendación irá en toda regla; pídamle Vd. lo que quiera, que estoy pronto para todo. Mis ideas se conforman con las de Vd. y nada me anima más que el bien de la Patria, cuya inclinación conozco en Vd. auxiliada de las luces que yo quisiera tener". A su gran amigo Pedro Andrés García le escribía en 28 de mayo de 1813: "Desengañémonos que, mientras la base principal no sea la Religión Santa, que profesamos, en balde se fatigarán; todo ha de ir a su ruina; no lo quieren creer, pero la experiencia se los hará ver".

En carta a don Ignacio Alvarez, datada en Rosario a 8 de abril de 1816, escribía: "Mi crédito no está tan generalizado como Vd. ha creído, y mi dirección no puede ser sabia; pero hay algunas buenas intenciones, y haré cuanto esté a mis alcances; soy solo, ni tengo quien me ayude, ni con quién consultar; todo estoy entregado a la Providencia y en ella confío".

En otra ocasión escribía al Director estas líneas que tan de relieve ponen su modestia y humildad: "Creyó usted a la vulgaridad de que todos me deseaban, y que decían que yo era el único capaz de componer este reloj con el muelle roto [alude a la revolución, tal como se presentaba en 1816]; ya debe usted ver su desengaño y sírvale este ejemplar para echar mano de otro, para aquí, para el Perú, o para donde fuese".

Después de la insigne victoria de Salta, envía a Rivadavia el parte oficial de la batalla, afirmando que: "El Dios de los ejércitos nos ha echado su bendición", y atribuye todo el triunfo a la Providencia y a la valentía de los soldados. El tenor de ese documento es tal que se podría presumir que el General en Jefe nada hizo, sino escribir el parte de la victoria. Al Cabildo de Buenos Aires que le obsequió con un valioso regalo, contestaba el benemérito General, en términos análogos: "Conozco que mi mérito es ninguno, para la atención con que V. E. me favorece. La victoria del veinte del próximo pasado no es debida a mí, sino a la protección visible del cielo y al imponderable valor de mis compañeros de armas".

El General Mitre, en el bellísimo discurso que pronunció al inaugurarse la estatua ecuestre de Belgrano, diseñó con todo acierto, y en breves y sencillas líneas, la figura moral del gran héroe argentino, al afirmar que "la guerra fue un simple accidente en la laboriosa carrera del precursor de nues-

tra independencia y del fundador de nuestras primeras escuelas públicas ... porque aceptó la lucha como la tarea impuesta al jornalero, y la cumplió con fortaleza, con abnegación y con humildad, así en la victoria como en la derrota, sin retroceder ante el sacrificio y sin buscar ni pedir para sí la corona del triunfador".

"Su grandeza, principalmente cívica y moral —añade el mismo historiador— no es el resultado de la superioridad del genio sobre el nivel común, ni está exclusivamente vinculada a los grandes hechos políticos y militares en que fue modesto actor.

"Ella consiste en el conjunto armónico de sus altas cualidades morales que no pretendían sobreponerse a la razón pública; en el equilibrio del alma, que no se dejó arrebatar por el orgullo ni avasallar por el egoísmo; en la austeridad con que mandaba y en la humildad con que obedecía; en que fue el representante de las generosas aspiraciones del bien de todos los tiempos, y en que lo sirvió en el nombre y en el interés de todos, prolongando así su acción en la posteridad; en que fue humildemente y perseverantemente, apóstol, combatiente y jornalero, y regó con su sudor el campo de la labor humana, en los combates, en los consejos del Gobierno, en las páginas del periodismo y hasta en el tosco banco de la escuela primaria, muriendo en la obscuridad y en la pobreza".

Si comenzamos estas cuartillas transcribiendo unas líneas escritas y publicadas en 1920, las vamos a cerrar con otras que corresponden a ese año: "Si nos fuese permitido seguir, paso a paso, las vicisitudes que formaron la trama de la vida de Belgrano, sobre todo en el último quinquenio que precedió a la muerte de nuestro héroe, "veríamos, como dice Fray Cayetano Rodríguez, en la alternativa de sucesos favorables y adversos, con que la suerte quiso probar su constancia, un héroe dueño de un corazón, a quien nunca engrió la gloria, nunca abatió la desgracia, nunca la varia fortuna pudo hacerle vacilar, ni desviarlo, un solo instante, del serio irrevocable propósito, de hacer servir sus talentos, sus industrias, su política, su opinión, sus fuerzas físicas y morales al bien de toda la América. Veríamos, que hecho, muchas veces, el blanco de los tiros injustos de la capciosidad, empeñada en derrocar los cimientos de su honor, se mostró insensible y superior a los viles artificios de sus émulos, y les dio en su desprecio lecciones de generosidad y de paciencia cristiana, mucho más cuando, ahogando en su pecho los frecuentes pesares, que le proporcionaron sus negras combinaciones, se prestó siempre al servicio de su patria, como si ésta hubiera coronado sus esfuerzos". ♦